



“Estamos en una buena situación”: la OTAN, Europa y la peligrosa ilusión de la seguridad nuclear. Por Biljana Vankovska

Posted on Julio 9, 2026

“Creo que, en lo que respecta a lo nuclear, realmente nos encontramos en una buena situación”. Con estas palabras, el secretario general de la OTAN, Mark Rutte, describió el estado de la estrategia nuclear de la Alianza en la conferencia de prensa previa a la cumbre celebrada en Ankara el 6 de julio de 2026. La frase tenía por objeto transmitir estabilidad, confianza y tranquilidad. Sin embargo, para cualquiera que esté familiarizado con la historia de la era nuclear, revela algo mucho más inquietante: la peligrosa normalización de la creencia de que más armas nucleares, más despliegues y una mayor confrontación pueden, de alguna manera, generar mayor seguridad.

Es precisamente ahí donde radica la mayor paradoja de la política de seguridad europea contemporánea (si es que existe alguna). Un continente devastado por dos guerras mundiales, un continente que construyó sus instituciones de posguerra precisamente para superar el ciclo de rivalidad militar, está adoptando una vez más una lógica en la que el poder militar, la disuasión y la confrontación estratégica se están convirtiendo en los cimientos del orden político. Resulta particularmente alarmante el hecho de que

la dimensión nuclear de esta transformación apenas haya sido objeto de algún debate significativo.

Europa se está convirtiendo gradualmente en un espacio donde las potencias nucleares se acercan cada vez más unas a otras. La adhesión de Finlandia y Suecia a la OTAN ha alterado significativamente la geografía estratégica del norte de Europa. Finlandia, un país que durante décadas basó su política de seguridad en la neutralidad militar y en un cuidadoso equilibrio frente a la Unión Soviética, ha modificado, tras su adhesión a la OTAN, su marco legal para permitir el posible despliegue de capacidades nucleares en su territorio. Al mismo tiempo, la región del Báltico se está convirtiendo en una de las zonas más fuertemente militarizadas de Europa.

En el centro de esta nueva inquietud geopolítica se encuentra Kaliningrado, el enclave ruso situado entre Polonia y Lituania y rodeado por Estados miembros de la OTAN. Para Moscú, es un bastión estratégico crucial; para la OTAN, se lo describe con frecuencia como un posible punto de partida para una agresión rusa. Precisamente debido a su aislamiento geográfico y a su importancia militar, Kaliningrado se ha convertido en el símbolo de la zona de confrontación más peligrosa de Europa. En este lugar, un error de cálculo, un accidente o una provocación deliberada podrían desencadenar una crisis con consecuencias imprevisibles.

En el período previo a la Cumbre de Ankara, circularon numerosas evaluaciones de carácter político y de inteligencia, así como especulaciones de los medios de comunicación, que revelaban precisamente este clima de temor y desconfianza mutua. Una de ellas sugería que Rusia podría intentar provocar un incidente de alcance limitado en la región del Báltico o cerca de Polonia para “poner a prueba” a la OTAN, es decir, la voluntad política de la Alianza de invocar el Artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte.

Al mismo tiempo, también surgieron especulaciones opuestas: que el aumento de las tensiones en torno a Kaliningrado podría convertirse en sí mismo en un pretexto para operaciones de bandera falsa, es decir, incidentes cuyo verdadero origen permanecería poco claro, pero que podrían generar presión política para una mayor escalada. En tal escenario, los temores a una agresión rusa podrían utilizarse para justificar una mayor presencia militar y nuclear estadounidense en toda Europa.

Tales escenarios distan mucho de ser hechos. Sin embargo, el mero hecho de que circulen en la esfera pública ilustra cuán peligrosa se ha vuelto la lógica predominante de la confrontación. En una era de guerra híbrida, operaciones cibernéticas, campañas de desinformación y guerra de información, la frontera entre las amenazas objetivas y las percepciones de inseguridad construidas socialmente se vuelve cada vez más difusa, creando un terreno fértil para la manipulación política del miedo y la fabricación de consenso a favor de una mayor militarización.

Esto pone de manifiesto las deficiencias fundamentales de la disuasión nuclear en sí misma. La disuasión supone que quienes toman las decisiones son racionales, que la información es perfecta y que existe la

capacidad de controlar las crisis. Sin embargo, la historia de la Guerra Fría demuestra precisamente lo contrario. La humanidad evitó la catástrofe nuclear no porque el sistema fuera intrínsecamente seguro, sino porque, en varios momentos críticos, quienes tomaban las decisiones se negaron a actuar de acuerdo con la lógica de los peores escenarios posibles. La paz nuclear nunca ha sido producto de un control perfecto. Ha sido el hecho de haber evitado repetidamente el desastre.

Aún más preocupante es el hecho de que esta lógica ya no se limita a Europa. Lo que podría describirse como una “OTAN global” (aunque no existe ni formal ni institucionalmente) se está expandiendo a través del llamado “compartimiento nuclear” con países como Japón, Corea del Sur, etc. En toda la región del Indo-Pacífico, al igual que en Europa, los presupuestos militares están aumentando, se están forjando nuevos acuerdos estratégicos y se está creando un mayor espacio para una presencia militar estadounidense ampliada (incluida la nuclear). Japón, el único país que ha sufrido un bombardeo atómico contra la población civil, avanza de manera constante hacia la normalización del poder militar. En Corea del Sur se debate cada vez más si desarrollar su propia capacidad nuclear o depender en mayor medida del paraguas nuclear estadounidense. Australia, a través de nuevos acuerdos de seguridad, se ha convertido en parte integral de una estrategia más amplia destinada a contener a China. De esta manera, la lógica orwelliana de la “paz a través de la fuerza” se está replicando desde el mar Báltico hasta el océano Pacífico.

La guerra contra Irán en 2025/2026 ha generado otra consecuencia peligrosa que pocos en Occidente parecen dispuestos a reconocer. La campaña militar se justificó como una medida necesaria para impedir que Irán adquiriera armas nucleares; sin embargo, su efecto político podría resultar exactamente lo contrario. Para muchos en todo el mundo, la lección es clara: los Estados sin armas nucleares siguen siendo vulnerables a la intervención militar externa, mientras que aquellos que poseen un arsenal nuclear gozan de un grado significativo de inmunidad frente a un ataque directo. La lógica es cruda, pero comprensible: de haber sido Irán ya una potencia nuclear, la probabilidad de un ataque de este tipo habría sido, casi con toda seguridad, mucho menor. En lugar de fortalecer el régimen de no proliferación nuclear y, en última instancia, la abolición nuclear, esta guerra podría alentar a otros Estados a llegar a la conclusión de que la única garantía genuina de supervivencia radica en poseer armas nucleares ellos mismos, aunque sea bajo la bandera de otro.

Esto nos lleva a la pregunta central: ¿se vuelve el mundo más seguro simplemente porque cuenta con más focos de tensión nuclear? ¿O se vuelve más vulnerable porque un mayor número de actores, de sistemas de armas y de frentes de confrontación crea inevitablemente más oportunidades para errores de cálculo? Las respuestas, por supuesto, son evidentes.

Bajo la bandera de la disuasión y la protección, el pilar europeo de la OTAN corre el riesgo de quedar atrapado en una situación de confrontación permanente. En lugar de desarrollar una arquitectura de seguridad europea autónoma basada en la cooperación, la diplomacia, el control de armamentos y la

reducción de riesgos, Europa se está convirtiendo cada vez más en un escenario en el que las grandes potencias ponen a prueba la determinación de las demás.

Por lo tanto, tras la Cumbre de Ankara, la verdadera pregunta no es si Europa se encuentra “en una buena posición”. La verdadera pregunta es si Europa se está volviendo genuinamente más segura o simplemente está mejor armada para un futuro en el que nadie estará a salvo. La ilusión más peligrosa de la era nuclear es la creencia de que la catástrofe puede controlarse simplemente porque no ha ocurrido desde hace mucho tiempo. La seguridad genuina comienza precisamente donde termina la dependencia de una preparación permanente para la guerra.

*Biljana Vankovska es profesora de ciencias políticas y relaciones internacionales en la Universidad de San Cirilo y San Metodio de Skopje, presidenta de Synergia Orbi: Instituto de Análisis Global de Skopje, y la intelectual pública más influyente de Macedonia. Es miembro del colectivo No Cold War.

El Maipo/Globetrotter

Nota: El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de sus autores, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.